

La mirada americana. La evolución de un estereotipo

Rafael Sánchez Mantero

Estas breves páginas no tratan de analizar la imagen que tenían de España los intelectuales americanos o la gente de una cierta cultura y de una educación universitaria. Quiere centrarse más bien en la idea de España y de los españoles que tenía la gente corriente que simplemente iba a la escuela primaria o secundaria y que leía el periódico de vez en cuando en los Estados Unidos, y en cómo esa idea fue evolucionando a través del tiempo. El objetivo no es fácil, porque no disponemos de mucho espacio y la tarea de delimitar un imaginario colectivo en un país tan diverso y extenso requeriría otros elementos de análisis más precisos y rigurosos. No obstante, he aquí algunos rasgos esenciales sobre las claves que han determinado la formación de esa imagen.

En los más de doscientos años en los que España y los Estados Unidos de América han tenido algún tipo de relación no puede decirse que los americanos hayan adquirido un conocimiento exacto, o ni siquiera cercano, de nuestro país ni de los españoles. Más bien la visión que desde la otra orilla del océano se ha tenido de España y de los españoles ha sido una visión muy vaga y además sesgada y condicionada por una serie de factores históricos y por no pocos prejuicios sobre nuestro pasado. Todo ello ha contribuido a crear un estereotipo que ha pervivido sustancialmente a lo largo de estos dos últimos siglos con pocos cambios.

Los españoles participaron en la independencia de las Trece Colonias mediante la prestación de una ayuda que tomó formas diversas durante el reinado de Carlos III. Bien es verdad que a España no le interesaba tanto la independencia de unas colonias rebeldes, que podían constituir

un peligroso ejemplo para las suyas propias, como el abrir un nuevo flanco a su enemigo en la guerra que mantenía con Gran Bretaña. La ayuda española fue menor de la que esperaban los colonos americanos y sin embargo contribuyó a que finalmente consumaran su independencia frente a la metrópoli ¹. España contribuyó al nacimiento de la nueva nación y, sin embargo, no hubo reconocimiento a la actitud española y no quedó en la memoria colectiva ningún tipo de recuerdo para quienes se habían puesto a su lado como aliados contra Inglaterra. Todo lo contrario de lo que ocurrió con respecto a la Francia prerrevolucionaria, cuya ayuda -sin duda más generosa y decidida- quedó reflejada para los siglos venideros en la figura del general La Fayette, cuya estatua es venerada todavía hoy frente a la Casa Blanca, en el centro de la capital de los Estados Unidos.

A lo largo del siglo XIX la imagen de España que fueron configurando los ciudadanos de esa nueva nación americana se basaba esencialmente en el papel que nuestro país había jugado en la Conquista y en la Colonización del centro y del sur del Nuevo Continente. El norte de América había sido colonizado por los protestantes puritanos, que habían buscado en aquellas tierras un nuevo horizonte en el que emprender otra vida diferente mediante el esfuerzo individual y la laboriosidad propia de quienes se habían formado en países industriados y de una moral estricta y rigurosa. No podían entender la actitud de los españoles en América desde que pusieron el pie en ese continente, y su actuación fue fuertemente criticada, pues sólo veían en ella la codicia, la rapiña y el deseo de hacerse ricos rápidamente con los tesoros de Méjico, del Perú y de otros territorios que caían bajo su dominio. No habían llegado a aquel continente para cultivar la tierra, ni para crear con su trabajo una nueva sociedad desarrollada y moderna, como había ocurrido en el norte. Y esa idea prevalecía en cualquier consideración que se realizaba con respecto a España.

A crear ese estereotipo de la España conquistadora, llena de codicia y de afán de riqueza, contribuyeron de forma muy clara los textos escolares que circularon por las escuelas norteamericanas a lo largo de todo el siglo XIX. En el interesante estudio que realizó Ruth Elson ² sobre estos manuales escolares en los Estados Unidos se pueden encon-

¹ efr. R. SÁNCHEZ MANTERO, «La misión de John Jay en España (1779-1782)», *Anuario de Estudios Americanos*, tomo XXIII, Sevilla, 1966.

² Ruth ELSON, *Guardians of tradition: American schoolbooks of the Nineteenth Century*, Lincoln, Nebraska, 1964.

trar interesantes consideraciones en torno a esta cuestión. Por la influencia que ejercieron en la educación de tantas generaciones de jóvenes, dichos manuales configuraron una imagen de España que sería muy difícil de desterrar. Esa imagen estaba cargada de todos aquellos elementos negativos que llevó aparejado ese pasado imperial. La España negra de la crueldad, la avaricia, la intolerancia de la Inquisición y de la expulsión de los judíos prevaleció sobre cualquier otra consideración. Uno de los motivos de esa mala imagen de España en estos libros era su condición de país católico, puesto que la abundancia de clero y las riquezas de la Iglesia en medio de una población que vivía en la miseria habían influido negativamente en el carácter de los españoles, entre quienes era común «la práctica del comercio ilícito y el adulterio bajo la máscara de la religión»¹. Frente a la colonización que los ingleses hicieron de la parte norte del Nuevo Continente, los españoles salían mal parados en la comparación. En uno de los textos analizadas por R. Elson se llegaba a afirmar lo siguiente: «Fue una suerte para nuestro país que los españoles... desembarcasen primero en el sur, dejando la costa atlántica del norte de América a los ingleses. Los españoles eran crueles y avariciosos: no vinieron a América para trabajar la tierra y para desarrollar un trabajo honrado, sino con la descabellada esperanza de hacerse ricos rápidamente con las minas de oro y plata»⁴.

Esa imagen que transmitían los manuales escolares no podía evolucionar mucho en el tiempo, porque el aislamiento internacional de España y la falta de contactos con los Estados Unidos, en los que la emigración española era muy minoritaria en relación con la de otros países europeos, no ayudaban a cambiar un estereotipo tan negativo como el que se había acuñado con estos rasgos tan simples y tan críticos.

La guerra hispano-norteamericana volvió a poner en contacto a los dos países que se habían ignorado durante tanto tiempo. La intervención de los Estados Unidos en la guerra de Cuba puso de nuevo en marcha unos mecanismos de descalificaciones mutuas que vendrían a acentuar la imagen negativa de España y de los españoles. Ahora, la cruel y despiadada política colonial española podía encontrar respuesta en la acción de un vecino que encarnaba la libertad y la salvaguardia del continente frente a la presencia de una vieja potencia europea que

¹ *Ibidem*, p. 151.

⁴ *Ibidem*, p. 153.

se resistía a abandonar los restos de su antiguo imperio. En otros libros de texto recogidos por Arthur Walworth ⁵ se pone de manifiesto el mayor deterioro que sufrió la consideración sobre España en sus páginas a raíz de su conflicto con Cuba: «... el denostado carácter de los españoles empeoró aún más a partir de 1895, cuando el general Weyler confinó a los patriotas cubanos en campos de concentración, lo que levantó una gran indignación en los Estados Unidos». Walworth afirma que los jóvenes que estudiaban estos libros -entre los que se encontraba él mismo- tenían la sensación de que la gente que se hallaba en una latitud por debajo de ellos era inferior también en cuanto a virtud. «Acostumbrábamos a mirar hacia "abajo", tanto moral como geográficamente, cuando analizábamos la historia de las actividades españolas en la región del Caribe» ⁶.

Conocidas son ya, por otra parte, las campañas que la prensa norteamericana puso en marcha para levantar a la opinión pública de aquel país con el objeto de presionar a su Gobierno en favor de la intervención. Los adjetivos que se vertieron en aquella campaña sirvieron para reavivar los viejos fantasmas que volvieron a sacar a aquella España imperial del siglo XVI del fondo de la memoria histórica de muchos americanos. Cuando se denostaba al general Weyler por su crueldad se le comparaba con el duque de Alba o con Torquemada ⁷. Y lo peor era que esta consideración se extendía sutilmente a todos los españoles, a los que se hacía directamente herederos y partícipes de aquellas características de sus antepasados de hacía trescientos años.

Sin duda, la guerra hispano-norteamericana señaló el momento más crítico en las relaciones entre los dos países y al mismo tiempo aquel en el que se difundió una imagen más negativa de España en los Estados Unidos.

En los comienzos del siglo XX, las cosas comenzaron a cambiar a medida que fueron cicatrizando las heridas de la guerra. La opinión pública norteamericana dio muestras de un mayor interés por España, y sin duda eso contribuyó a ir desvaneciendo algunos clichés tan arraigados hasta entonces en la conciencia de muchos ciudadanos de Norteamérica. Se difundieron algunos libros de viajeros que habían visitado

⁵ Arthur WALWORTH, *School Histories at War*, Harvard UP, Cambridge Mass., 1938, p.71.

⁶ *Ibidem*, p. 58.

⁷ Gerard LINDERMAN, *The Mirror (!) War. American Society and the Spanish-american War*. Ann Arbor, The University of Michigan Press, 1974.

España y que dejaron en letra impresa sus impresiones sobre un país al que no encontraron tan primitivo ni tan atrasado como habían pensado. En uno de ellos se reconocía que «... España ha cambiado mucho desde los días de la Inquisición, aunque esto cuesta trabajo reconocerlo en América»⁸. Evidentemente, España había cambiado, aunque todavía presentaba rasgos peculiares --como una cierta falta de libertad- con respecto a otras naciones. Otros viajeros eran más concretos y afirmaban en las páginas de sus libros que lo que les habían dicho sobre los malos ferrocarriles o sobre las comidas deficientes nada tenía que ver con la realidad: lo que encontraban era mejor de lo que habían esperado⁹. Destaca por su entusiasmo en este sentido Arthur S. Riggs¹⁰, para quien España había entrado en su segundo Renacimiento. El motor, el teléfono, la electricidad, el cine, habían provocado en los últimos años más cambios que el descubrimiento y la pérdida de América. El progreso --de ella- había hecho olvidar muchas costumbres, lo cual no siempre era bueno.

En aquellos años posteriores al conflicto hispano-norteamericano se tradujeron al inglés algunas obras de autores españoles, como Pío Baroja o Pérez de Ayala. Aunque el escritor que alcanzó mayor difusión en los Estados Unidos fue el valenciano Vicente Blasco Ibáñez. Entre 1911 y 1929 se publicaron en los Estados Unidos veinticuatro de sus obras, y una de ellas, *Los cuatro jinetes del Apocalipsis*, fue llevada al cine con un gran éxito de público. También sería llevada a la gran pantalla su conocida novela *Sangre y Arena*, lo cual contribuiría a reforzar la imagen tópica de la España de la peineta y de los toros.

En 1904 nació en Nueva York la *Hispanic Society*, que jugó un papel fundamental en la difusión de la lengua, la cultura y la historia españolas por los Estados Unidos. Por la tribuna de aquella institución, situada entre la calle 156 y la Broadway Avenue de Nueva York, pasaron notables intelectuales españoles y personajes del mundo académico que difundieron la idea de una España más acorde con la realidad. Las publicaciones y las exposiciones que patrocinó esta institución permitieron a muchos americanos conocer algunos aspectos de la España del arte y la cultura.

Pero lo que puede resultar más llamativo es que la prensa norteamericana de mayor difusión incrementó considerablemente sus noti-

⁸ Hobart CHATFIELD-TAYLOR, *Tawny Spain*, Boston-New York, 1927.

⁹ Cfr. Philip S. MARDEN, *Travels in Spain*, Boston-New York, 1910.

¹⁰ Arthur Stanley RIGGS, *The spanish pageant*, Indianapolis, 1928.

cias y sus infonaciones sobre España y sobre los españoles a partir de los primeros años del nuevo siglo. Curiosamente, en un país de arraigada tradición republicana, fue la figura del rey Alfonso XIII la que suscitaba una mayor atracción entre las noticias de nuestro país recogidas en los periódicos. En *The New York Times*, pero también en *Chicago Tribune* o *Los Angeles Times*, comenzaron a publicarse un creciente número de artículos y de editoriales sobre España y sobre los españoles. En un país de una arraigada tradición republicana, la institución de la Monarquía española, y especialmente la figura del rey Alfonso XIII, acaparaban buena parte de la información que recogía la prensa norteamericana sobre nuestro país. Puede resultar significativo que de las tres ocasiones en que se dedicó a España la portada de la prestigiosa revista semanal *Time* entre 1923 -fecha de su aparición- y 1931, dos de ellas recogían el retrato del monarca español. La tercera de estas portadas estaba dedicada a Raquel Meller ¹¹. En aquellos años, la identificación de lo español con el folklore de la mantilla y de la pandereta funcionaba también en América como en otros países europeos.

La Guerra Civil significó un vuelco de la atención mundial sobre España, y los Estados Unidos también participaron de aquel fenómeno. Ahora bien, a la hora de valorar el conflicto de nuevo aparecía el estereotipo simplificador. Algunos historiadores ¹² han puesto de manifiesto cómo la República se convertía en la representación del progreso, la educación, la tolerancia, y la España sublevada en la encarnación del oscurantismo fanático, de la crueldad inquisitorial y de la violencia anti-libertad. Hemingway y la Brigada Lincoln no fueron ajenos a esta Imagen.

La victoria de Franco dio paso a esta última España, que encajaba perfectamente con la idea de nuestro país que había prevalecido durante tanto tiempo en los Estados Unidos. Su actitud durante la Segunda Guerra Mundial y su proximidad a las potencias del Eje no contribuyeron precisamente a abrir el interés ni la simpatía de los norteamericanos por España. La falta de libertades y la peculiaridad del régimen político español, encabezado por el general Franco, volvieron a sacar de nuevo a la España inquisitorial y fanática, tan arraigada en otros tiempos en la conciencia de los norteamericanos. Y sin embargo, en el mundo

) Cfr. *Time*, 22 de diciembre de 1924, 26 de abril de 1926 y 23 de julio de 1938.

¹² Cfr. J. ÁLVAREZ JUNCO, «España: el peso del estereotipo», *Claves*, núm. 48, diciembre 1994.

académico y universitario se intensificaron, a partir de los años sesenta, los contactos y las relaciones gracias al Comité Conjunto Hispano-Norteamericano para la Cooperación Cultural y Educativa y al Programa Fulbright, financiados con la ayuda que los Estados Unidos prestaron a España a cambio de la utilización de las bases militares conjuntas en la Península. En unos años en los que no era frecuente que los españoles proyectasen fuera de España la imagen de su país, ese programa, que dio lugar a miles de intercambios, permitió que muchos jóvenes universitarios españoles dejaran sentir su presencia en los centros educativos superiores de los Estados Unidos. Por otra parte, los norteamericanos que visitaron España dentro de ese mismo programa contribuyeron a atraer sobre ella el interés de sus conciudadanos, muchos de ellos como hispanistas y otros como simples profesionales que pudieron disfrutar de la experiencia española durante uno o dos años y transmitirla a su regreso.

La muerte de Franco y la iniciación del proceso de transición política hacia la Monarquía democrática han sido decisivos para la difusión de una nueva imagen de España en los Estados Unidos de América¹³. La prensa escrita comenzó a reflejar el interés de la opinión pública de aquel país por el cambio que se produjo en España a partir de 1975. Nunca, desde la Guerra Civil, se le dedicaron tantas editoriales a nuestro país como en el período de cinco años que se abrió en aquella fecha. Primero fue la curiosidad, teñida de un cierto escepticismo, sobre la salida de la situación política lo que suscitó el interés de los periódicos. En muchos artículos sobre los funerales de Franco se hacía un balance de su larga etapa de gobierno, y las posturas oscilaban entre el juicio más condescendiente por los logros conseguidos del *New York Times* a la postura más crítica y dura del editorial de *Los Angeles Times*. Después, la jura del nuevo rey Juan Carlos I, que provocó un despliegue informativo aún más amplio y que volvió a poner de manifiesto de nuevo la fascinación que muchos norteamericanos, a pesar de su republicanismo, sienten por las monarquías europeas. Sin embargo, cuando más interés despertó el rey Juan Carlos en los Estados Unidos fue a raíz de su primera visita a aquel país, en junio de 1976. El *Washington Post* encabezaba con este título el editorial que le dedicaba a su visita: «The New Spain». En efecto, la figura del rey encarnaba ya para los

¹³ Cfr. R. SÁNCHEZ MANTERO, «La imagen de España en los Estados Unidos y la transición a la democracia», en *Historia de la transición y consolidación democrática en España. 1975-1986*, Madrid, UNED, Universidad Autónoma, 1996.

norteamericanos una nueva España que comenzaba a despojarse de los rasgos tan negativos que habían mareado su imagen durante muchos años. Una España joven que buscaba un lugar entre los países occidentales modernos y que se presentaba con un dinamismo y un deseo de abrirse al mundo desconocidos hasta entonces. De forma parecida, los principales periódicos de aquel país americano destacaron la visita de los principales líderes políticos españoles a los largo de estos años. Adolfo Suárez, como jefe de Gobierno; Felipe González, como líder del principal partido de la oposición y, sobre todos, Santiago Carrillo. El secretario general del PCE se convirtió en el primer dirigente de un partido comunista de la Europa Occidental que era autorizado a entrar en los Estados Unidos desde el inicio de la Guerra Fría, y ese hecho suscitó mucha curiosidad. A pesar de que las autoridades oficiales ignoraron la presencia de Carrillo en América, la prensa le dedicó mucho espacio en sus páginas y destacó la moderación y la sensatez del líder comunista español.

Otros jalones del proceso de la transición política española fueron seguidos con interés por los periódicos de aquel país. El referéndum para la reforma política, las primeras elecciones y la aprobación de la Constitución parece que convencieron a los norteamericanos de que en España era posible el establecimiento de un sistema político democrático sin traumas ni enfrentamientos como los que habían tenido lugar en otros momentos de su historia reciente.

Ahora bien, la capacidad de los españoles para autoimponerse un nuevo sistema de libertades y para mostrarse con un talante renovado ante los norteamericanos no significaba la automática desaparición de todos los prejuicios con los que se nos contemplaba desde la otra orilla del Atlántico. La información que los norteamericanos recibieron sobre España en aquellos años fue en cierta medida episódica y superficial¹⁴, y la percepción de una modernización política no implicaba necesariamente un cambio de la imagen de España en otros planos.

La imagen de España en los Estados Unidos ha cambiado sustancialmente en las dos última décadas, pero eso no impide que muchos norteamericanos sigan identificando a los españoles con el estereotipo que se creó en el pasado y que se basaba esencialmente en el legado histórico de los siglos de la Conquista.

¹⁴ Alex KEISSAR, «The American Media», en K. MAXWELL, *The Press and the Rebirth of Iberian Democracy*, Westport, Greenwood Press, 1983, p. 140.